

Verdad, poder y dominación en el debate político tradicional

Yanko Moyano¹

Resumen: Las dificultades del partido Demócrata durante el período de gobierno de George Bush, han hecho visibles carencias importantes en el modelo tradicional de la comprensión política. La noción de racionalidad vinculada a este implica una valoración excesiva de la verdad como condición de la obtención de un poder. Consecuentemente, se cometen errores en la identificación de las relaciones de dominación implícitas en un debate político, y no funcionan las estrategias críticas con las que se enfrenta al adversario. Analizamos los supuestos generales de este modelo, destacamos su presencia histórica y presentamos una de las formas en que se estarían replanteando los objetivos generales del discurso político actual.

Palabras clave: Filosofía Política, Discurso, Poder, Dominación, Verdad

Abstract: Democratic Party difficulties during the Bush administration exposed significant gaps in the traditional model of political understanding. The notion of rationality associated with this model implies an overestimation of the truth as a condition for obtaining a certain power. Consequently, political actors often incur mistakes when identifying relations of domination embedded in a political debate and use erroneous argumentative strategies to face opponents. In this paper we analyze the general assumptions of this model, highlighting its historical background and we present one of the ways in which the overall objectives of political discourses are being re-thought today.

Keywords: Political Philosophy, Discourse, Power, Domination, Truth.

INTRODUCCIÓN

Sorprendió a muchos que George Bush lograra la reelección presidencial en los comicios de 2004. Todavía se discute si existió fraude en algunos estados, pero el hecho de que las votaciones se mantuvieran tan cerradas ya constituye un dato que llama la atención. Buena parte del mundo se preguntó entonces cómo, a partir de qué principios, elaboran los norteamericanos sus decisiones políticas.

Una de las respuestas que se han dado es que los republicanos lograron engañar al electorado. En este caso la solución sería bastante sencilla. Bastaría con explicar mejor lo que sucede, denunciar las falacias del oponente, difundir la verdad y mostrar las consecuencias del voto en la vida cotidiana del ciudadano medio. Los votantes, por sí solos, tomarán la decisión que más les conviene. Otra respuesta, más compleja, sostiene que el Partido Demócrata tiene dificultades para comprender los fundamentos de la práctica política desde un modelo más ajustado a la rea-

¹ Universitat de Barcelona.

lidad. George Lakoff², uno de los intelectuales demócratas más activos de los últimos años, ha señalado la dificultad de sus compañeros de partido para comprender los mecanismos cognitivos que intervienen en la decisión del votante. Uno de sus últimos trabajos tiene un sugerente subtítulo: “¿Por qué no puedes comprender la política del Siglo XXI con un cerebro del Siglo XVIII?”³

Cuatro años después Barack Obama ganó las elecciones con una amplia ventaja. La enorme movilización que generó hizo pensar que los demócratas por fin habían dado con la clave. Sin embargo, desde entonces hasta ahora, toda una serie de reveses han devuelto la incertidumbre. Fenómenos como la emergencia del llamado “Tea Party” no pueden plantear más que dudas respecto a la capacidad real de los “progresistas” norteamericanos.

El caso de la comprensión de los fundamentos del poder en el modelo político norteamericano es claramente un fenómeno de la mayor importancia para el resto del mundo. Pero no es la única situación en la que el tema moviliza la atención general. Por todas partes encontramos preocupación al respecto. No importa si un debate se inicia con un tema político, cultural, económico o incluso deportivo; es más que probable que en algún punto acabemos encontrando alguna referencia al poder y la dominación.

En su representación cotidiana, el poder se enuncia como un impedimento, casi siempre invisible –o como mínimo casi imperceptible– e intuitivamente omnipresente, que se le impone como límite a las posibilidades de acción de un individuo –o de un grupo–. Se juntan así, sin demasiada necesidad de precisión, tres ideas que acaban convirtiéndose en una sola: dominación, poder y hegemonía. Aunque no es mi intención desarrollar en este espacio tan breve un análisis que contribuya a aclarar las relaciones entre estos tres elementos, me parece inevitable comenzar estableciendo algunos rasgos mínimos que se ocultan detrás de esta aparente unidad.

Solo como punto de partida, propongo asumir la idea de “poder” en su forma más básica y general, esto es, como el resultado de la relación entre dos o más componentes del entramado social en que se manifiesta algún exceso de la capacidad de acción de uno de los agentes en oposición a un defecto del otro. En otras palabras, se tiene poder cuando algún componente de una relación tiene la posibilidad de hacer algo que otro no. Así las cosas, será posible señalar relaciones de poder prácticamente en todos los fenómenos del entorno social; independientemente de las valoraciones que hagamos al respecto.

En segundo lugar, entenderemos “dominación” –a fin de cuentas la categoría principal que se nos está proponiendo– como manifestación de una relación de poder “exagerada”⁴. En este tipo de relación, el detentor del poder lo utiliza en

² George Lakoff, fundador del Instituto Rockridge (2003-2008) y actualmente profesor de la Universidad de California, es autor de varios textos importantes dentro de la filosofía cognitiva y se ha destacado, sobre todo, por su aplicación de principios de esta rama de la ciencia a la Filosofía.

³ Nos referimos al texto de George Lakoff, “The Political Mind: Why You Can't Understand 21st-Century American Politics with an 18th-Century Brain”. Ed. Viking, New York, 2008

⁴ Dijk, Teun van. “Discurso y poder: contribuciones a los estudios críticos del discurso”. Ed. Gedisa, Barcelona, 2009

su propio beneficio y por tanto en detrimento del otro. Ello casi siempre conduce a que se incrementen las diferencias de poder. Por eso, en la mayoría de los casos, la dominación da cuenta de un tipo de relación que tiende a la reproducción de la condición inicial –de poder exagerado–.

Por último, la idea de “hegemonía” remite a un fenómeno de dominación, en que el poder se muestra como una condición necesaria y consustancial de todas las relaciones posibles. Debido a su efecto “silencioso”, su estudio supone una dificultad mucho mayor, que escapa ampliamente a los límites de una comunicación de este tipo. Por el momento intentaremos prescindir de ella, aunque ya veremos que eso obliga a mantenernos en los límites de ciertas abstracciones.

Establecidas estas definiciones mínimas, cabría preguntarse, ¿es posible pensar en un poder sin un sujeto que lo ejerce? En primera instancia, y restringiéndonos al marco que establecen los enunciados anteriores, deberemos contestar que no. Y precisamente por ello tampoco sería posible plantearnos una relación de dominación sin dominantes ni dominados. No obstante, la consolidación hegemónica del poder puede encubrir alguno de los elementos de la dominación y con ello se abre la puerta para que exista un nivel de análisis anterior. En otras palabras, no solo es posible, sino necesario y frecuente, plantearse la existencia de un sujeto al que “se” le domina, sin que logremos demostrar aún la identidad del pronombre impersonal. Este será el caso de la aproximación que desarrollaremos aquí.

“SABER ES PODER”, DESDE OTRO PUNTO DE VISTA

No decimos nada nuevo si afirmamos que, en los límites de la representación cotidiana del saber, la posesión de un conocimiento equivale siempre a la posesión de un poder –sobre la naturaleza, sobre los otros, sobre el futuro... Aún cuando en algunos casos se hayan vuelto notorios los debates sobre los “peligros” de ciertas investigaciones, de todas maneras se presume que un incremento del saber científico implica necesariamente la adquisición de un poder –sea este conveniente o no–. Como principio general, esta relación entre saber y poder ha sido ampliamente estudiada, y son bien conocidos sus orígenes y su trascendencia dentro del modelo comprensivo general de la Modernidad.

Otra forma menos frecuente del mismo principio general es la siguiente: se adquiere un poder cuando en un debate se logra mostrar que los enunciados esenciales de un discurso son “verdaderos”. Tales enunciados adquieren con ello un lugar privilegiado con respecto a los otros y, tanto la cadena de consecuentes que se desprenden de él, como aquél sujeto que los propone, “ganan” con ello un estatuto superior. En otras palabras, en un debate, la “demostración” de la veracidad de los enunciados se convierte en uno de los puntos a “ganar” y la consecución del estatuto de “verdad” asegura una ventaja innegable en cualquier enfrentamiento de argumentos. La expresión “tener la razón”, perfectamente acoplada en el lenguaje cotidiano, refleja muy bien esta situación. De su utilización se desprende que se ha arribado al punto final de una discusión. ¿Implica esto que al “estar en lo cierto” se ha adquirido un poder? Si se hubiera adquirido, ¿justifica este poder la aparición de

una relación de dominación? Y aún más ¿quién sería el dominado y quién el dominador?

En una primera instancia, esta idea general podría parecer demasiado evidente como para hacer derivar de ella un cuestionamiento. Pero es solamente el alto grado de coherencia con que encaja en el modelo general de la representación, el que hace que perdamos de vista la serie de asunciones “naturales” que la sostienen. En el modelo epistemológico clásico de la Modernidad, la “Verdad” tiene un carácter excluyente porque es la expresión concreta de la Razón –universal, única, homogénea, literal, absoluta–. No es posible la existencia de dos “verdades” sobre un mismo objeto y las “medias verdades” solamente son manifestaciones incompletas de una “Verdad” que no ha acabado de “aparecer”. La racionalidad es la capacidad humana que hace “aparecer” esta “Verdad”, la herramienta para acceder a la Razón. Como cualquier herramienta de este período inicial de la Modernidad, si su uso genera un producto, este le pertenecerá al dueño de la herramienta. Por eso acaban siendo naturales expresiones como “poseer la verdad” o “tener la razón”. Si alguien posee la verdad, su oponente no la posee, por ende, tiene una capacidad de acción –de decisión en este caso– que el otro no. Esto significa –según nuestra suposición inicial–, que posee un poder sobre aquel.

Ahora bien, ¿significa que le domina? Ciertamente no, pues no se puede afirmar que en esta relación existe necesariamente un “abuso”. No obstante, si, por alguna circunstancia se estuviera coartando la posibilidad de que uno de los oponentes llegara a encontrar la Verdad, si se le estuviera despojando de la posibilidad de que ejerciera libremente su capacidad natural para el pensamiento racional, entonces sí se estaría cometiendo un “abuso” sobre él. Estaría siendo “dominado” en la medida en que se le estaría despojando de un poder. Ahora bien, ¿por quién? ¿Quién le domina?

Por el momento fijaremos aquí nuestro límite y dejaremos la pregunta sin responder –aunque claramente todos podemos suponer en qué dirección debe buscarse la respuesta–⁵. Ya hemos dicho que la complejidad de la condición hegemónica de una dominación exigiría más de una comunicación dedicada solamente al tema. Nosotros nos mantendremos en los límites del modelo epistemológico de la Modernidad y afirmamos, solamente, que este implica la existencia de una relación de poder implícita en la aspiración a la veracidad de los enunciados de un debate. En un esquema típicamente Moderno, decimos que un individuo es objeto de dominación si se le restringe, de una manera cualquiera, su capacidad para desplegar la racionalidad –sin que podamos definir aún por “quién”.

Las consecuencias de este principio se manifiestan con frecuencia en la vida cotidiana del siglo XIX. En la medida en que se desarrolla, la Modernidad va otorgando una importancia cada vez más exagerada al mantenimiento de las formas en los espacios de debate. Se establecen formatos estrictos para las discusiones parla-

⁵ No es necesario un conocimiento profundo sobre el tema de las condiciones de dominación hegemónica para saber que estas condiciones tienen entre sus elementos más importantes el control sobre los modos de producción del conocimiento. De ello se desprende, incluso en un nivel intuitivo básico, que este caso específico de coacción que intentamos destacar solamente puede analizarse a plenitud en el contexto de un estudio profundo sobre la hegemonía.

mentarias, para los procedimientos judiciales, en las academias de ciencia y hasta en los clubes literarios. Todo ello debido a que la neutralidad y el aislamiento se conciben como las primeras garantías del análisis racional. Resguardan contra toda interferencia y en el caso en que no se pueda evitar, la incidencia será igual para todos los involucrados. Con ello se cree garantizar que los contendientes ganarán o perderán “la razón” por ellos mismos –libremente y por tanto sin dominación–.

Extendiendo un poco más estos pre-supuestos, nos percatamos también de su incidencia en el pensamiento filosófico de la época. La serie de “obnubilaciones” que enfrenta el sujeto en el proceso de conocer no solo son consustanciales al modelo ontológico clásico –accidentes de la sustancia–, son también limitaciones, sujeciones que impiden el libre desenvolvimiento del sujeto. Este debe renunciar a sus sentidos y por ello, en el caso extremo, está condenando a permanecer circunscrito en los límites de la investigación “matemática”, o sea, pura. Incluso en su formulación más flexible, el modelo empirista, el testimonio de los sentidos solo será tomado en cuenta luego de múltiples repeticiones, medibles y reducidas a una regularidad.

En el nivel de la vida pública, la definición de las reglas generales de la argumentación “correcta” llevan a pre-determinar qué tipo de afirmaciones pueden llegar a ser consideradas ciertas y cuáles, de entrada, quedan eliminadas. En este contexto, los pre-jucios, las falacias y las apelaciones sentimentales son al discurso político lo que el uso de los sentidos es a la investigación científica. Por ello que se vuelve fundamental teorizar sobre las condiciones de la certeza. El estatuto de veracidad de ciertos enunciados particularmente difíciles de demostrar –tan frecuentes en política– deja de ser un resultado al que se “llega” y pasa a depender del cumplimiento de las condiciones formales de una argumentación “correcta” –en sentido universal–. Cuando el filósofo –aun desde el punto de vista gnoseológico– incide en los contenidos de estas condiciones de certeza, está redefiniendo las condiciones sobre las que se evaluará quién “tiene la razón” y por tanto estará redefiniendo también las condiciones de posesión de un poder y los límites que no deberá traspasar la dominación.

BREVE RECuento [HISTÓRICO]

Aunque muchas veces haya sido ignorada, la relación entre epistemología y filosofía política es parte del fundamento de eso que hemos dado en llamar Filosofía Moderna. Mencionar el nombre de Francis Bacon en un aula de filosofía, por ejemplo, es casi siempre el inevitable punto de partida para lanzarse a una exposición de los orígenes de la Revolución Científica. No obstante, pocas veces se incluye en estas mismas exposiciones, más que como un detalle marginal, el importantísimo dato de que el autor haya sido figura destacadísima de la política inglesa de la época.

Su teoría de los ídolos ha sido tratada preferentemente como uno de los antecedentes más importantes del método científico, y por ello se le considera como un elemento central del debate epistemológico de la modernidad. Sin querer contradecir este supuesto –a fin de cuentas Lord Verulam demostró claramente su inclinación vocacional a la filosofía natural–, sería como mínimo interesante atre-

verse también a delinear las conexiones entre sus ideas gnoseológicas y la experiencia que adquirió como político de innegable éxito. Siendo consecuentes, los prejuicios cognitivos que llama Ídolos son fuente de error epistemológico, tanto como condición de una relación de dominación. La ciencia no solo garantiza el progreso, sino que libera al género humano de una dominación: aquella que no le permite ver más allá de las costumbres y empaña la disposición de los participantes del debate político.

Sin dudas, Bacon constituye un excelente ejemplo, pero no es el único caso en que podemos encontrar esta misma conexión entre epistemología y filosofía política. Remontándonos mucho más atrás, ¿acaso no estamos convencidos de que en la Grecia de Sócrates, Platón y Aristóteles, el Ágora y la vida política concentraban las mayores energías de los ciudadanos? Es difícil pensar en unos “padres” de la Filosofía ajenos a la vida pública, preocupados en disquisiciones gnoseológicas y desvinculadas de su entorno político. Para Aristóteles la Lógica se relaciona con la Política, de la misma forma en que la Verdad antecede a la Justicia en Sócrates. No se trata de que un elemento exceda al otro en importancia, sino que es en el tránsito entre ambos, donde podemos encontrar el sentido completo de la educación-política-helénica.

Lo mismo sucede si nos adelantamos a la época del Lord Canciller. En el “Siglo de las Luces”, los manuales de historia de la filosofía nos muestran a la mayoría de sus protagonistas menos interesados en innovar sobre los fundamentos teóricos del análisis filosófico y mucho más interesados en divulgar las connotaciones políticas de un desarrollo epistemológico cabal. Ya fuera producto de la notoriedad del esquema lockeano –que tanto admiró Voltaire–, o de la urgencia que imponían los acontecimientos políticos; lo cierto es que la “Enciclopedia...” se ha establecido como la obra de referencia del período porque en ella se enlazan perfectamente los dos temas más importantes del momento: ciencia y política. La ignorancia es la primera condición de la dominación. La fuerza de la razón es capaz por sí sola de iluminar a las naciones y mostrar el camino hacia prosperidad. La negación de esa “luz” condena a la oscuridad –domina– y es el primer obstáculo en la consecución del bienestar general. Ciencia y política se convierten en dos caras de una misma moneda y es evidente que ya se expresa, con plena conciencia, la relación entre poder y saber. Este enfoque ilustrado trascenderá y se consolidará como base simbólica de la incorporación del tema de la educación –ilustración– a los principales modelos políticos de los dos siglos siguientes.

Durante el siglo XIX resulta llamativa la exageración absoluta con la que fue sostenida la influencia de “los Ilustrados” en la Revolución Francesa. Durante más de un siglo se sustentó una relación directa que sentó las bases para una identificación todavía más radical entre conocimiento, poder y dominación. Las independencias iberoamericanas muestran curiosas simbiosis que representan muy bien este modelo. «Por la razón o por la fuerza», se puede leer en el escudo nacional chileno, situando al mismo nivel dos elementos de una manera que hoy creeríamos contradictoria. «Ser cultos para ser libres» repiten aún los cubanos, rememorando una frase del referente intelectual de la independencia, José Martí.

En el siglo XX, con el aumento de relevancia política de las mayorías, se extiende aún más el esquema que identifica dominación e ignorancia como opuestos

a liberación e ilustración. De ello se apropian, con máxima naturalidad, prácticamente todas las instituciones políticas –empezando por los partidos políticos, sean “progresistas” o no–. Las propuestas concretas de desarrollo nacional pueden variar, pero siempre encontraremos en ellas alguna modalidad del discurso ilustrado. Eliminar la ignorancia –como “limitación” de un “poder ser” otra cosa futura–, es siempre la primera de las condiciones para que el ciudadano pueda quebrar la cadena que garantiza la sujeción –natural, de clase, cultural o histórica, eso dependerá de la variante ideológica de la que parte el enunciado–.

La oposición entre positivismo y marxismo que se enunciaba con Marx, no es tanto el producto de una discrepancia con respecto a la finalidad del desarrollo, como un enfrentamiento entre principios epistemológicos incompatibles. Tanto unos como otros se plantean la consecución de un desarrollo que eleve el nivel de vida de la población. Sin embargo, al no reconocer la existencia de un nivel profundo de la interacción social, los positivistas pasan por alto los fundamentos de la dominación, y por ende se les acusa de apoyar la reproducción infinita de las desigualdades sociales. Por el contrario, gracias a la sólida apropiación de los ásperos principios epistemológicos de la “Ciencia de la Lógica” hegeliana, Marx deja en herencia a los marxismos una capacidad admirable para revelar los principios esenciales de la dominación, y se debe al trabajo imprescindible de Antonio Gramsci la enunciación más sólida del concepto de hegemonía. No hay dudas de que existe una fuerte conexión entre el prestigio que sigue teniendo el discurso político de los marxismos y la solidez epistemológica que encontramos en la base de sus análisis. Antes habíamos mostrado que una forma de dominación –entendida como negación del despliegue libre del entendimiento–, está ya incluida en la “fórmula” general de la Modernidad. Con estos ejemplos hemos intentado añadir que, además, es posible rastrear la influencia de esta figura al menos en una parte de las representaciones políticas más importantes del período. La filosofía contemporánea cambiará radicalmente estos supuestos. Los llamados post-estructuralistas dinamitan las nociones tradicionales de sujeto y racionalidad, imprescindibles para el tipo de aproximación que hemos mostrado hasta aquí. Además, con sus nuevas herramientas, inauguran un período extraordinariamente fructífero de aproximación crítica al funcionamiento del poder. Con ello invierten definitivamente el valor de las nociones políticas que hemos tratado hasta ahora.

Poco a poco el espíritu de crítica a la modernidad se ha ido extendiendo más allá del ámbito teórico y hoy es un hecho que la praxis política y los modos de comprensión de la vida pública han comenzado a reflejar algunos de sus supuestos. No me gustaría acabar sin describir, aunque sea superficialmente, una de las formas en que se estaría replanteando la función del estatuto de verdad dentro del discurso político más actual.

FICCIONES PARA LA LIBERACIÓN

La crítica de George Lakoff al funcionamiento del Partido Demócrata, que ya enunciábamos al inicio, implica el reconocimiento de la insuficiencia del modelo político ilustrado en las condiciones de la política norteamericana actual. Según él,

la subsistencia de los patrones generales de la racionalidad Moderna ha sellado el fracaso de los demócratas en los últimos años. En la base de estos patrones se encuentran dos suposiciones fundamentales: la idea de que la razón es universal y la idea de que la capacidad para acceder a ella ha sido igualmente distribuida entre todos los ciudadanos. Estas, a su vez, justifican la confianza en la racionalidad de las decisiones políticas y por tanto la asunción de que el voto se produce a partir de una decisión lógica. No hay dudas de que esta es la base del modelo democrático vigente y ha servido de guía durante siglos a la legalidad política norteamericana. No obstante, el problema radica en que, incluso dentro de los límites que fija la normativa, el supuesto vínculo entre veracidad y poder ha acabado teniendo más fuerza formal que real.

Los sectores más conservadores han sido capaces de llevar a la comunicación política, un modelo cognitivo mucho más ajustado al funcionamiento real de la comprensión del votante. La diferencia de éxitos entre ambas instituciones muestra claramente el punto en que nos encontramos. A grandes rasgos, es más importante llegar a asentar conexiones operativas –verosímiles, más que veraces– entre los elementos simbólicos del discurso político y las propuestas concretas que quieren llevarse a la práctica, que desgastarse en explicaciones “veraces” que muestren el error del contrario. No se trata de mejorar la calidad de la comunicación, tampoco de “simplificar” los enunciados para hacerlos más comprensibles. Se trata de que un modelo comunicacional, montado sobre el objetivo de “tener la razón”, ha probado ser mucho menos efectivo que otro, basado en modular los principios no-conscientes de la representación política.

En el nuevo esquema, la condición de “verdad” de los enunciados, solamente puede seguir oponiéndose a la de “dominación” si se modifica considerablemente su significado. Capacidades “sentimentales” como la empatía, por ejemplo, base de la idea de solidaridad, –decisiva en los argumento “progresistas”–, no puede ser estimulada con la misma fuerza en los límites de un discurso tradicionalmente racional. Parece más fácil tratarla desde otros modelos que tienen como condición principal la verisimilitud, y no la veracidad. De ahí el creciente papel que se le ha ido otorgando a la función narrativa en la comunicación política. En cualquier caso, se trata de promover un nuevo modo de representación de la cognición política y con él unos principios valorativos que acaben de superar el modelo de dominación-liberación que hemos tratado en estas páginas.

Los enunciados con los que la administración del presidente Bush justificó la invasión a Irak fueron severamente desmentidos antes de las elecciones del 2004, sin embargo tuvieron muy poca incidencia en el resultado final. Ello ejemplifica la poca importancia “práctica” que puede llegar a tener el estatuto de verdad en un discurso político, al menos en el sentido que le hemos dado hasta aquí. ¿“Tener la razón” es realmente equivalente a ganar un debate? ¿Hacer evidentes “las mentiras” del oponente llevan a su descalificación? ¿Una normatividad que asegure la máxima neutralidad del contexto con respecto al debate, es condición de la libertad del votante?

La misma formulación de estas preguntas ha perdido sentido. Este breve análisis de la función de la verdad –“moderna”– en el discurso político, ha tenido

el objetivo de hacer visible una cadena de supuestos que ya no deben pasar desapercibidos. Si no se quieren asumir las críticas radicales que la Razón Moderna ha venido recibiendo desde hace más de dos siglos, de todas formas su inoperancia política debiera ser condición suficiente para su abandono.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acanda, J. L. (2002). *Sociedad civil y hegemonía*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinelo.
- Dijk, T. van (1984). *Texto y contexto: seántica y pragmática del discurso*. Madrid: Cátedra.
- (2009). *Discurso y poder: contribuciones a los estudios críticos del discurso*. Barcelona: Gedisa.
- Feldman, J. (2006). *From Molecule to Metaphor*. EEUU: MIT Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2004). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, G. (2008). *The Political Mind: Why You Can't Understand 21st-Century American Politics with an 18th-Century Brain*. New York: Viking.
- Salmon, Ch. (2008). *Storytelling. La máquina de hacer historias y formatear las mentes*. Barcelona: Península.
- Shapin, S. y Schaffer, S. (2005). *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Buenos Aires: Bernal.